

mos. Con el sedentarismo, en las reducciones se acumulan desperdicios. El jesuita Dobrizhoffer escapa de una de ellas; tal era, asegura, el estado de insalubridad. Los hechiceros solían convertir el espacio de rebeldía en un espacio de inmundicias. La inmovilidad conducía a veces a la hipocondría, una tristeza sofocante. Dobrizhoffer relata cómo trasladó desde el bosque a la misión a una familia de abuela y nietos y se murieron todos de tristeza¹⁴.

8. El episodio de la guerra mágica

Al oeste del Chaco, en la gobernación del Tucumán, son los negros —sobre todo mujeres— los que con mayor frecuencia recibirán la acusación de hechiceros, en particular a partir del XVII. Pero no es en su condición de esclavos, sino como indios. *Toda hechicería es india*. Luego de la derrota de los ayllus durante este siglo, *la magia negra será el último bastión de la resistencia india*. Paradójica metamorfosis resultante de la libertad gozada por los esclavos, concebidos en la gobernación como valores de atesoramiento más que de producción. Los negros adiestraban a los desechos de los ayllus en los desechos de la sabiduría mágica africana. Observados en los procesos penales, serán también estos indios los que oficiarán como delatores de esclavos, a cuenta de la represión ejercida por los negros *po-bleros* en las encomiendas y su estatus colonial diferenciado.

Cada retroceso o empantanamiento en la guerra andina, que en la gobernación duró cerca de un siglo, era percibida por el español como una pérdida de las propias convicciones y un asalto, en consecuencia, de las fuerzas del mal. Cuando las *ciudades* empezaban a languidecer, mientras a Potosí se la imaginaba flotando en plata, cada enfermedad de un español sonaba a un fracaso, a la inutilidad de mantenerse en un mundo perdido, al quiebre de las ilusiones, a los caminos cortados. La magia no era aquí tanto como en el Chaco indio una forma heterodoxa, instrumental, proto-científica de relación con la naturaleza, como un miedo interior del español, una punzante inseguridad, la sensación de fracaso, y la melancolía brutal por un terruño ultramarino abandonado para siempre. No había dónde retroceder. Y por momentos no se encontraba para avanzar más que un camino de cadáveres. La contrahechicería tampoco podía comenzar con una carga de exorcismos, pues la Iglesia no estaba totalmente segura de la línea que separaba en este punto la fe del demonio. Los médicos charlatanes se encargaban de todo. Esto dejaba a los conquistadores doblemente inermes.

¹⁴ Dobrizhoffer: Op. cit., págs. 183-190. Con una cierta angustiosa autocrítica, el jesuita recuerda cómo los convenció para partir a la reducción: «...les prometí ahí días más felices», ídem, pág.

En las ciudades límites entre el Chaco y los Andes, el monte se metía por los intersticios de la vida, en el aliento, entre las ingles. De aquí para allá circulaba la historia de la ciudad española de Esteco, en el Chaco, que de tanto fornicar se hundió en un terremoto. Todavía la buscaban. En la visión de las *ciudades*, las hechiceras africanas (en realidad todas, porque ése era el corpus de su cultura) se emparentaban con las brujas de España. Se ponía así en movimiento la misoginia cristiana, el asco por la mujer, el misterio sórdido de la menstruación, la similitud serenaba los ánimos. Encontrado el estereotipo, se aseguraba su represión. La mujer es lo que enciende el deseo, roba la felicidad limitada como limitados son los bienes. Eso indicaba por lo menos la archirrepetida *teoría del bien limitado*. Las mujeres mestizas de los suburbios de las ciudades, reaccionaron ocupando un espacio de poder asentado en el curanderismo y una relación iconoclasta con la naturaleza.

En los negros no se podía reconstruir un linaje hechicero, pero sí esgrimir su lascivia, la sugestión, el lugar maldito, el sujeto acusado que atrae todos los males ocurridos en su proximidad. Todo lo negro era oscuro. Era obvio en este contexto que, entrada la sociedad blanca en momentos de tensión, necesitara encontrar una bruja al modelo europeo, luego una esclava no tendría oportunidad. En Chaco, en cambio, los hechiceros eran hombres. Eso los situaba en un pie de igualdad con sus perseguidores y complicaba la guerra.

En las ciudades se levantaban juicios contra las hechiceras negras. ¿Por qué juicios si el encomendero tenía derechos para castigar y eliminar a sus esclavos e indios sin por ello cometer una falta? Indios y negros acusados de hechicería tenían en los juicios abogados defensores como cualquier español. Este gesto democrático no tiene una respuesta sino varias. En primer lugar, la importancia pública del castigo ejemplar. La psicología de los sometidos debía quedar profundamente marcada en la operación. Segundo, la posibilidad de que con la tortura se descubrieran los caminos de la verdad y la contrahechicería. Tercero, el pánico de la propia élite, esto es, *el juicio debía indicar que el sistema de dominación era fuerte y estaba unido*. Éste es el aspecto central. Los juicios intentaban demostrar que el terror no existía. En medio de la guerra, había que elevar la cotización de la vida. El proceso legal certificaba un grado de civilización, de cohesión, elevaba el autorrespeto frente a la barbarie, creaba un *destino manifiesto* de la raza. Las victorias en la guerra eran, finalmente, pruebas irrefutables de la predestinación.

Mientras los procesos legales aportan claridad, la guerra de imágenes confunde todo. Algunas etnias hacen suyas las imágenes de los vencedores y las reconvierten en ídolos de la guerra contra los blancos. La Virgen

del Valle de Catamarca debió ser robada por los españoles a los indios y rebautizada en Señora de la Victoria contra los indios. Pero éstos le seguían profesando culto a la espera de algún pase mágico; le volcaban consagraciones, oraciones y sacrificios para que castigara a los españoles. El anhelo se contraía haciéndose vasija de un saber. Era la magia que Giordano Bruno llamaba de *los desesperados*¹⁵. Para mayor seguridad, los españoles sacaron a la Virgen del territorio original y la llevaron a la ciudad colonial. La fiesta de la Señora del Valle fue fagocitada de todos modos por los vencidos. Los vencedores tuvieron que crear una segunda fiesta para sí. En una se creaban pases mágicos, en la otra se rogaba por su anulación.

Desde la cucaña con su volcán de salchichas y quesos para todos, hasta la edad de oro ganadera de un capítulo del *Caballero Cifar* donde los animales procrean todos los días y en consecuencia el alimento está asegurado para siempre, *la magia era el instrumento para alcanzar la utopía-fantástica*. El Renacimiento, al reemplazar la magia por el instrumental de la ciencia política, las fuerzas productivas, la tecnología y la naturaleza a disposición del hombre, inaugura las utopías científicas. En la derrota india de los valles norargentinos de los Andes, la magia se convierte en herramienta para conseguir la bonhomía de los vencedores, es decir la utopía se reduce a una mínima expresión. En el Chaco, la magia misma es utopía. De ahí que en los valles, durante el XVIII, las ciudades dejen de perseguir a lo que queda de hechicería india. Pero en el Chaco, donde el ecosistema de la selva seguía erizado contra conquistadores que difícilmente resisten el pánico, no había otra opción que aplastar a los hechiceros.

9. El episodio de la naturaleza mágica

El Renacimiento ponía en evidencia en España las relaciones inicuas entre los hombres, pero ello se insinuaba como una pérdida de la visión de las relaciones inicuas con la naturaleza. La magia, en la Edad Media, había aportado a la creación de relaciones ecológicas informales. Nada de eso sirve en el Nuevo Mundo. Los grandes espacios estimulaban la irracionalidad. La Iglesia se conformaba con la relación mística entre la naturaleza y Dios. Tampoco servía. De allí que algunos misioneros recojan antiguos textos con la idea de trazar un plan de enfrentamiento a la relación diabólica de los hechiceros con la naturaleza. El intento fracasó. Seiscientos indios —escribe Dobrizhoffer— oyen un disparo y huyen. Pero sin aclarar que tampoco seiscientos españoles podían contra un hechicero. Y no, porque se reproducían constantemente aunque se les diera fin.

¹⁵ Giordano Bruno: *Mundo, Magia, Memoria*. Edición de Ignacio Gómez de Liaño, Madrid, Taurus, 1981, págs. 225-281.

La tecnología no era percibida por los clanes —y no podía serlo— como un nexo entre el hombre y la naturaleza, la clave de la producción, sino como el eslabón entre el europeo y su Dios. El verdadero nexo entre el colonizador y su entorno eran los clanes. En el confin del mundo se confiaba más en la fuerza humana bruta que en la tecnología. Ello alargaba la guerra. Cada *entrada* al Chaco se cerraba con un haber de piezas capturadas y un debe de avituallamientos perdidos. Aquí el clásico libro de cuentas de la conquista parecía no acabar nunca. Los hechiceros contestaban con su tecnología ecológica de la guerra. Como contrapartida, las ciudades esperaban que una dosis de modernidad jurídica aplastara los dominios de las sombras inaccesibles, resolviera por fin el desequilibrio a favor de la *civilización*. La confianza en el sistema jurídico enraizaba en poder la relación incomprensible hombre-naturaleza, en la esfera de las relaciones hombre-ley. Por lo demás, resultaba difícil sembrar el miedo entre los hechiceros. El poder que ejercían sobre la sociedad era inestable: no poseían el aval de la propiedad, una institución o las armas. Si esta vinculación hubiera ocurrido como proceso autónomo, se habrían convertido en casta sacerdotal protegida de un lado y, del otro, nuevos hechiceros, pero reducidos al curanderismo. Tronco común y separación. Los hechiceros mocobíes vivían poco. Cualquier muerte podía ser su responsabilidad; de inmediato el clan se vengaba sobre ellos, o los parientes de un difunto mal curado... Blancos vivos, resultaban hombres de una personalidad extraña, la conciencia de la fragilidad del poder y la vida. Una parte de ellos eran homosexuales. Los *hechiceros emponzoñadores*, los más temibles, usaban las *huellas* de sus futuras víctimas, por lo tanto los españoles tenían que atrincherarse de continuo con sus pertenencias, para no quedar al alcance de sus indios o negros sospechosos. Se amurallaban pero no era suficiente. La magia definida por Bruno como un *poder de obrar*, competía con el monopolio del *poder de mandar* de los españoles. La dualidad de poderes desestabilizaba el clima psicológico de las ciudades. El poder de obrar se abría a la naturaleza. El poder de mandar declaraba a la naturaleza su enemiga.

10. El episodio de la magia de la luz

La cabeza de los sacerdotes estaba cargada con la concepción de la *escala*, herencia de Plotino y el neoplatonismo. Dios desciende a través del mundo al *animal*, el animal asciende a través del mundo a Dios. En el ápice de la escala, Dios como acto puro, luz; en la base, las tinieblas, la materia. Los hechiceros estaban en esta base. La luz se difunde y penetra hasta lo más profundo de las tinieblas, pero éstas nunca llegan a tocar el orbe